

Lo que sea de cada quien

El Villaurrutia, treinta y seis años después

Vicente Leñero

Después del café expresso doble y la copita de brandy en el Bellinghausen, don Joaquín Díez-Canedo me chismeó:

— Paco Zendejas anda haciendo campaña por usted.

— ¿Por mí?

— Para el Premio Villaurrutia, por *Los albañiles*.

Me chocaba esa manera de mirar de don Joaquín. Luego de soltar alguna frase que exigía una reacción, se le quedaba mirando a uno fijamente con ojos inquisitivos. Extraña su pipa, la golpeaba contra la mesa, la retacaba de tabaco, la prendía en varios intentos y soltaba dos o tres chisquetes de humo.

— Pero no se haga ilusiones, nada más le aviso.

Claro que me hice ilusiones. Para un joven treintañero que ambicionaba comerse el mundo como si los premios fueran el motor de la literatura, el Villaurrutia podía hacer en México más ruido que el Seix Barral español, silenciado o deturpado en mi caso por Carballo, Donoso, Benedetti...

Ahora era mi turno, cabrones: el Villaurrutia.

Esperé con ansia el resultado durante meses, hasta que llegó la desilusión. El Villaurrutia 1964 fue otorgado a Homero Aridjis por *Mirándola dormir*.

Desde que en 1955 Francisco Zendejas instituyó ese premio otorgándose a Juan Rulfo, había sufrido dificultades. Se lo dio a Octavio Paz, a Josefina Vicens, a Marco Antonio Montes de Oca y a Rosario Castellanos, pero cuentan que en esta última ocasión, en el momento de la ceremonia en las Galerías Excelsior, Zendejas no había logrado conseguir los diez mil pesos facilitados regularmente por oficinas gubernamentales. Tuvo que entregar a Rosa-

rio un sobre vacío y advertirle al oído, muy en secreto, que le daría el dinero después.

“Las zendejadas de Paco” —como solía insultarlo Salvador Novo— obligaron a declararlo desierto en 1961 y 1962 hasta que Zendejas tuvo la feliz idea de nombrar a Octavio Paz y a Rodolfo Usigli como jurados, junto con él. Fueron tales celebridades entonces —deduje— quienes hicieron a un lado a mis *albañiles* en 1964.

Muchos años después conocí los pormenores del incidente.

Resulta que un acucioso investigador de la vida y obra de Rodolfo Usigli, Ramón Layera, escribió un libro que prometió publicar el CITRU (Centro de Investigación

Teatral Rodolfo Usigli) en el que reúne, bajo el título *Rodolfo Usigli, itinerario del intelectual y autor dramático*, la correspondencia entre éste y Octavio Paz. El suplemento cultural *Confabulario*, ya fallecido, ofreció un adelanto de la investigación en marzo de 2007.

Ahí me encontré para mi sorpresa la epístola que desde Nueva Delhi, en 1965, envió Paz a Usigli para argumentar quién merecía, según él, el Villaurrutia 1964.

Escribió Paz:

... Por tu correspondencia veo que el año pasado votaste por Helena (Garro) y Zendejas por Arreola. Yo me abstuve por razones obvias, aunque le dije a Zendejas que la novela de Helena me pareció mejor (Elena Garro obtuvo el Villaurrutia 1963 por *Los recuerdos del porvenir*, en exaequo con Juan José Arreola por *La feria*). Veo que este año tú te abstuviste. Yo voté por Fuentes. Su libro de cuentos (*Cantar de ciegos*) no es lo mejor que haya escrito pero justificó mi voto por el volumen y la cantidad de su obra anterior. Tu juicio sobre Aridjis es demasiado severo: es un poeta, un verdadero poeta. Lo de Leñero no lo entiendo: quise leer su novela y se me cayó de las manos.

Entre Rodolfo Usigli que se abstuvo y Octavio Paz que votó por Carlos Fuentes, se impuso Francisco Zendejas premiando a Homero Aridjis a quien Paz le había dado un empujoncillo al subrayar lo de “verdadero poeta”. Desecharon a Revueltas por *Los errores* —novela cumbre—, a Sergio Pitol por *Infierno de todos*, a Juan Vicente Melo por *Fin de semana*...

Recibí por fin el Premio Villaurrutia treinta y seis años después, en el 2000, por una antología balín y cuando sinceramente ya no lo necesitaba. **U**

